

De la historia de la filosofía a la filosofía de la historia

RAÚL TREJO-VILLALOBOS*

José Antonio Mateos Castro (2014). *América Latina
y la filosofía de la historia*. México: UNAM.

A principios del nuevo siglo, emprendí un pequeño proyecto sobre la historia de Chiapas. Lo titulé *Chiapas 1950-2000: testimonio fragmentado*. Consistía en recopilar testimonios presenciales documentados en libros o cualquier otro tipo de textos sobre acontecimientos políticos, sociales, naturales y culturales. Así, pues, reuní testimonios sobre la construcción de la carretera de San Cristóbal a Tuxtla, los inicios de la Carrera Panamericana, algunos eventos del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, la fundación de la normal Mactumactzá, la manera en que todavía en los setenta enganchaban indígenas para llevarlos a trabajar a las cafetaleras del Soconusco, la matanza de Wololchán, el levantamiento zapatista en Ocosingo, la matanza de Acteal, la inundación de San Cristóbal, la fundación de la Universidad, la conquista del Sumidero, la construcción de la presa de Chicoasén, los sobrevivientes de la erupción del Chichonal, los pleitos por la tierra en Venustiano Carranza, entre otros.

El propósito consistía no tanto en escribir una historia lineal, sino en mostrar –solamente mostrar– reunidos, los testimonios en una especie de testimonio único sobre lo que fue parte de Chiapas durante ese lapso. Y, no obstante, un testimonio fragmentado: una especie de caleidoscopio en el que la visión de un acontecimiento te puede llevar a cualquier otro. La pregunta que me guiaba la planteé de esta manera: ¿Qué había sido de la sociedad, de la entidad, en la que había decidido residir? El proyecto, a la fecha, lo tengo inconcluso.

Años más tarde, con motivo de mis estudios doctorales, incursioné en la historia de la filosofía. Tenía que justificar teórica y metodológicamente una biografía filosófica, la de José Vasconcelos y, junto con

* Universidad Autónoma de Chiapas, raul.trejo@gmail.com

esto, la historia de la filosofía mexicana. Dentro de estos menesteres, me encontré con Leopoldo Zea y Mauricio Beuchot, con la siguiente idea: toda historia de la filosofía tiene que llevarnos a una filosofía de la historia. Confieso no haber entendido qué significaba eso o cómo se daba dicha relación.

El libro de José Antonio Mateos Castro, *América Latina y la filosofía de la historia*, motivo de estas líneas, no es de historia de la filosofía; pero la implica. Su punto de partida está en la tesis de Francis Fukuyama, según la cual, después de la caída del muro de Berlín la historia llegó a su fin, y con esta, la filosofía de la historia. Mateos Castro se resiste a aceptar dicha tesis. Dice concretamente:

la filosofía de la historia no terminará mientras exista la demanda de sentido social, cuestión que nos remite a preguntas sobre nuestro peculiar modo de ser y lugar que ocupamos en el devenir histórico. Porque el problema fundamental de la filosofía es el esfuerzo por comprender e interpretar el sentido del acontecer humano, la esperanza de que las cosas se transformen y la humanidad logre sus más altas metas (Kant) (p. 14).

El texto se compone de tres grandes apartados, a saber: Filosofía de la historia: un acercamiento; Modernidad, posmodernidad y fin de la historia; y América Latina, una filosofía de la historia “desde abajo”.

Una primera cuestión, contenida en el primer apartado, consiste en la relación entre filosofía e historia y cómo es comprendida la historia desde la filosofía. Hay dos sentidos, dice: una científica, también llamada filosofía crítica o formal de la historia, que consiste en la reconstrucción de los hechos; y otra, llamada filosofía especulativa de la historia, según la cual se busca ordenar los hechos o las acciones conforme un plan o una idea. Advierte enseguida, en nota a pie de página, que su trabajo se dedicará primordialmente al segundo sentido, “ya que el objetivo es encontrar, en el caos de acontecimientos humanos, algún sentido y finalidad, lo que implica hacer inteligible la racionalidad de las acciones humanas y las propias esperanzas, que no es otra cosa que la toma de conciencia de formar parte del devenir histórico” (p. 22).

Una vez dicho lo anterior, Mateos Castro expone cómo en la antigüedad, la filosofía griega, tanto presocrática como clásica, está fundada en una metafísica antihistórica, siguiendo principalmente a Parménides y Aristóteles; no obstante esta idea, también expone a aquellos autores que se ocupan del cambio o el movimiento y las acciones de los hombres. Desde esta perspectiva, nos refiere a los filósofos Heráclito, Anaxágoras y Protágoras; a los poetas Esquilo, Sófocles y Eurípides; y a los historiadores Tucídides y Polibio. El valor de rescatar el discurso histórico, sostiene Mateos Castro, radica en que ya ellos refieren algunas categorías filosóficas como naturaleza humana, destino, fortuna, razón, poder (p. 28).

El asunto de la historia, para los inicios del cristianismo, da un vuelco de tal magnitud que la historia universal se verá como una historia de la salvación. Agustín de Hipona, en efecto, es el creador de la primera filosofía de la historia como tal, con *La ciudad de dios*. Sin embargo, existen otros que proponen sus ideas relativas a esta; por ejemplo, Giambattista Vico se detiene en Kant y en Hegel. Con este último, dice Mateos Castro, se pone de cabeza la sentencia aristotélica, en tanto que fuera de la filosofía “nada hay más filosófico que la historia”. Asimismo, cita a Hegel: “La historia universal [...] es [...] el desarrollo necesario de los momentos de la razón y, por lo tanto de su autoconciencia y de su libertad; es el despliegue y la realización del espíritu universal” (p. 38).

Más allá de aceptar la tesis hegeliana, Mateos Castro se queda con la idea de que es a través de la historia que podemos cobrar conciencia de lo que somos y de lo que podemos llegar a ser, por un lado; y, por otro, la cuestiona, en el subapartado “Modernidad y capitalismo”, en el que aborda principalmente a Adorno y Horkheimer, con *Dialéctica de la ilustración*. La razón a la que alude Hegel es, a la postre, una razón instrumental. En “Filosofía de la historia y modernidad occidental capitalista”, tercer subapartado de la primera parte, da cuenta sobre la historia como espíritu colonizador: desde Heródoto, pasando por el Imperio Romano, hasta llegar a la modernidad, con el descubrimiento de América. Del espíritu colonizador de esta última, la modernidad, además de negar la historia de los pueblos americanos, se desprende

la falacia del desarrollismo. Dice al respecto: “La falacia del desarrollo es una categoría filosófica de la modernidad, que mostraría el movimiento necesario del ser. Según esta idea, un país subdesarrollado, ontológicamente, no es moderno hasta que haya cumplido con todas las etapas del proyecto de modernidad” (p. 68).

La idea central de todo el segundo capítulo: Modernidad, posmodernidad y fin de la historia, consiste en exponer la crítica a la modernidad, primero con Nietzsche y Walter Benjamin; enseguida con Lyotard, Toynbee, Gehlen, Foucault, Vattimo y Fukuyama; y, finalmente, la recepción de las ideas posmodernas y del fin de la historia en América Latina. Entre la crisis de la modernidad europea y la búsqueda de un lugar en la historia por los americanos durante los últimos dos siglos, Mateos Castro establece el siguiente contraste: “la crisis de la modernidad desde ‘aquí’, desde América, nos separa de una lógica según la cual nuestras sociedades son irremediabilmente exteriores al proceso de ella y, por lo tanto, nuestra modernidad es una deformación de la occidental” (p. 71). De esto que apele a la memoria histórica, para ejercer plenamente nuestro filosofar, siguiendo a Walter Benjamin con la idea según la cual: “nada de lo que tuvo lugar alguna vez debe darse por perdido para la historia” (p. 74).

En el tercer y último capítulo: América Latina, una filosofía de la historia “desde abajo”, Mateos Castro considera, en primer lugar, que una de las principales características de la filosofía en nuestro continente es precisamente la de su perspectiva histórica o historicista. Desde este punto de vista, hilvana ideas de Bello, Alberdi, Sarmiento, Montalvo, Martí, Gaos, Zea, Salazar Bondy, Roig, Ardao, Miró Quesada. En segundo lugar, se cuestiona sobre la pertinencia actual de la filosofía de la historia, o si es preciso ir más allá de esta, retomando a los autores anteriores y a uno de sus principales críticos: Santiago Gómez Castro, con la idea de proponer, en tercer lugar, la perspectiva “desde abajo”.

Hasta aquí el libro de Mateos Castro. Vuelvo con las cuestiones con que empecé esta reseña, para ir cerrando. En primer lugar, propongo para el diálogo dos cuestiones en perspectiva. La primera tiene que ver con la idea central de la filosofía de la historia. Según esta, nuestro autor plantea una continuación entre las ideas posmodernas y el fin de la historia, a la cual se resiste y propone continuar con el

cultivo de la historia desde América. Mi perspectiva es otra. Considero que el fin de la historia no se sostiene desde el momento en que el mundo pasó de una lucha entre socialismo y liberalismo a una que han dado en llamar entre civilizaciones. Frente a Occidente, está el Islam y China. Respecto a la posmodernidad, antes que antecedente de Fukuyama, considero que es esta, precisamente, la que da lugar a una multiplicidad de historias fragmentadas. El proyecto sobre *Chiapas 1950-2000: testimonio fragmentado*, lo sustentaba, de alguna manera, en los microrrelatos de Lyotard, las discontinuidades de Foucault, el rizoma de Deleuze, la pérdida del centro de Vattimo.

La segunda cuestión consiste en la noción “desde abajo”. En este sentido, en el tercer apartado, nuestro autor alude, por ejemplo, al movimiento zapatista, al movimiento de los sin tierra y Atenco. De entrada, suscribo que estos movimientos forman parte, en cierto sentido, el “desde abajo” que se refiere, pero son, en otro sentido, al final de cuentas, grandes acontecimientos. De aquí que el “desde abajo” pueda también emplearse para el día a día de muchos de nosotros, de nuestros vecinos o compañeros de trabajo, mismos que libran otras batallas, muchas veces imperceptibles, un tanto sordas.

He titulado el presente trabajo “De la historia de la filosofía a la filosofía de la historia” porque concibo a la primera como la interpretación de las tradiciones y de los textos filosóficos como mundos de posibilidad de actualización de los problemas filosóficos, y de diálogo, que al ser comprendidos, nos permiten comprendernos. El motivo último de la primera –que es al mismo tiempo la relación y el paso a la segunda– consiste en concebir a la filosofía de la historia como el “ocuparse de los acontecimientos humanos con sentido, a manera de flechas, apuntando a un blanco” (p. 13). *Cuál sería ese blanco* es un asunto que no podría responder ahora: el proyecto continúa inconcluso.